

Año II. 7 Setiembre 1890.

Núm.º 40

VALENCIA COMICA.

Lit. V.ºa. Ismael Haase. Guillem de Castro, 50. Val.º

TIPLES CÓMICAS



15 Céntimos.



ADELA BAYONA



Estoy caviloso de veras con todo eso que sucede. Tantos preparativos electorales, tantas coaliciones y riñas, tanto suceso imprevisto, se me ha metido en la cabeza en forma de revoltijo, y no me entiendo. Una carta de Boulanger, la actitud de Cánovas, los discursos políticos, los pronósticos de *León Hermoso*, la entrada del Otoño, son muchas cosas juntas. ¿Qué haremos?

Vayamos por partes.

Decíamos, que Boulanger había publicado una carta dirigida á un su amigo. ¡Qué de cosas hay en ella!

Por de pronto un *mea culpa* que parte los corazones.

Se queja de los amigos falsos que vendieron sus secretos, y lamenta haber desoído á los amigos verdaderos.

Asegura que sus actos fueron mal interpretados y sus palabras mal entendidas.

¡Ah, señor *Panadero*, hay que estar á las duras y á las maduras!

Y, en último resultado, ahí tenemos al *monstruo* que no ha perdido nada con desacreditarse. Ha vuelto al poder como si tal cosa, y no digamos si con aquellas silbas de antaño había para creerle hundido para siempre. Pues, nó señor, subió, como nunca, á flote, y ahí le tiene usted, señor *Panadero*, como si tal cosa.

Por eso no hay que desesperar.

¡Y más que le dicen á Sagasta! Que ha sido un tunante de siete suelas, que ahora se pirra por demostrar á la Corona su popularidad yendo de banquete en banquete y de fiesta en fiesta, siempre vitoreado, y que eso ya se conoce de dónde sale..... Todo eso y más se le dice.

Pues él, tan fresco.

De la Reina dicen, que no lee lo que firma, que lo de nombrar á un señor *Ron* Inspector de Correos de primera clase, es fomentar la inmoralidad en el ramo.....

Pues la Reina y el Sr. Ron, tan tranquilos como antes.

Ahora que han pasado los calores, ya nadie se *sofoca* por nada, aunque procure ponerse *al abrigo* de maledicencias y murmuraciones; aunque desee que los demás le *tapen* las faltas.

Los personajes políticos, especialmente, cuando les *cargan* en cuenta alguna suciedad administrativa, *se lavan las manos* procurando aparecer con *capa* de honrado.

Y cuando pillan un cargo de su agrado, aunque caiga sobre ellos el descrédito más espantoso, no hay quien les coja en un *renuncio*.

Porque no quieren soltar la prenda y no renuncian. Hay que quitársela.

Han de saber ustedes que el famoso Eiffel se queda tamañito delante de un Palacio, que vale lo menos dos.

Entérense ustedes del proyecto de monumento á Colón, presentado por ese Sr. Palacio, un ingeniero vizcaino, honra de España.

El monumento tendrá 400 metros, 100 más que la Torre Eiffel, y mejores condiciones de *habitación*.

Esperemos el año 92.

R. Borrell.



ALFILERAZOS

I

Por alcanzar un beso de su boca
He sufrido seis años de desdenes,
Y renuncié por fin á tantos bienes.....
¡No desuello mis labios en la roca!

II

Quise hurtar una rosa de tu seno
Y me pinché la mano.
¡Cuando hay que custodiar algo muy bueno
Hasta una flor se trueca en un tirano!

III

¿Que te escriba versitos? Imposible.
Perdona vida mía.
A tales aduló mi poesía,
Que solo debo á tí llamarte horrible.

IV

Pensar que la he querido
Con un amor tan puro y tan intenso.....
¿Qué faltó en el altar que la he erigido?
¡Faltó lo principal que era el incienso!

V

Cuando lloras, renacen, dueño mio,
Mis ensueños mejores.
El llanto de la Virgen es rocío
Que prolonga la vida de las flores.

José M.^a de la Torre.

EL SUBPREFECTO EN EL CAMPO

CUENTO

El señor Subprefecto se hallaba en el ejercicio de sus funciones. El cochero en el pescante, el criado en el estribo; y el coche de la subprefectura lo conduce al concurso regional de Combes-aux-Fées. Para esta memorable jornada, el señor Subprefecto se ha vestido con su hermosa casaca recamada, su sombrero de dos puntas, sus pantalones con franja de plata y su espada de gala con empuñadura de nácar. Lleva sobre sus rodillas una gran cartera, de chagrín grabado, que contempla con tristeza.

El señor Subprefecto piensa en el famoso discurso que muy en breve habrá de pronunciar ante los habitantes de Combe-aux-Fées:

—Señores é ilustres administrados.....

Pero en vano se retuerce las guías de su rubio bigote repitiendo veinte veces:

—Señores é ilustres administrados.....

La continuación del discurso no la recuerda.

¡Hace un calor sofocante en aquel cochel! el camino de Combe-aux-Fées, bajo un sol de mediodía, está blanco de polvo en toda la extensión que abraza la vista. El aire está inflamado, y bajo los olmos que flanquean la carretera, cubiertos de polvo blanquizo, las cigarras se responden á millares desde un lado á otro.... De pronto el señor Subprefecto se estremece. Allá bajo, á la falda de una pequeña colina, ha descubierto un bosquecillo de jóvenes encinas que parece invitarle.

“Venga aquí, pues, señor Subprefecto, á componer su discurso; bajo mis árboles se

encontrará mucho mejor. El señor Subprefecto queda seducido; echa pié á tierra y dice á sus dependientes que le esperen; va á componer su discurso.

En el bosquecillo de las jóvenes encinas hay pajarillos, violetas olorosas y arroyuelos escondidos bajo la blanda yerba. Cuando el señor Subprefecto penetró en el bosquecillo, y apenas su pantalón de franja plateada y su gran cartera de chagrín grabado fueron percibidos por los pajarillos, las violetas y los arroyuelos, todos se espantaron, y cesó de repente el canto de los pájaros, las violetas se escondieron entre la yerba y los arroyuelos no se atrevieron á murmurar. Jamás aquéllos habitantes del bosque habían visto ningún Subprefecto y se preguntaban por lo bajo unos á otros, quién era aquél hermoso señor de pantalones plateados.

Todos se preguntan quién es aquel hermoso señor de pantalones plateados.... Y entre tanto el señor Subprefecto, encantado del silencio y la frescura del bosquecillo, se levanta los faldones de la casaca, deja su sombrero de dos picos sobre la yerba, y se sienta en el verde césped al pié de una encina; abre después sobre las rodillas su cartera de chagrín grabado, y saca un pliego de papel fino y satinado.

—¡Es un artista! dice la curruca.

—No, no; dice el mirlo, no es un artista, puesto que lleva pantalones de plata; debe ser un príncipe.

—Debe ser un príncipe repite el mirlo.

—No es un artista, ni un príncipe, interrumpe un viejo ruiseñor que ha cantado un verano entero en los jardines de la subprefectura; yo sé quién es; es un Subprefectó.

Y todo el bosque murmuraba:

EN LAS ARENAS

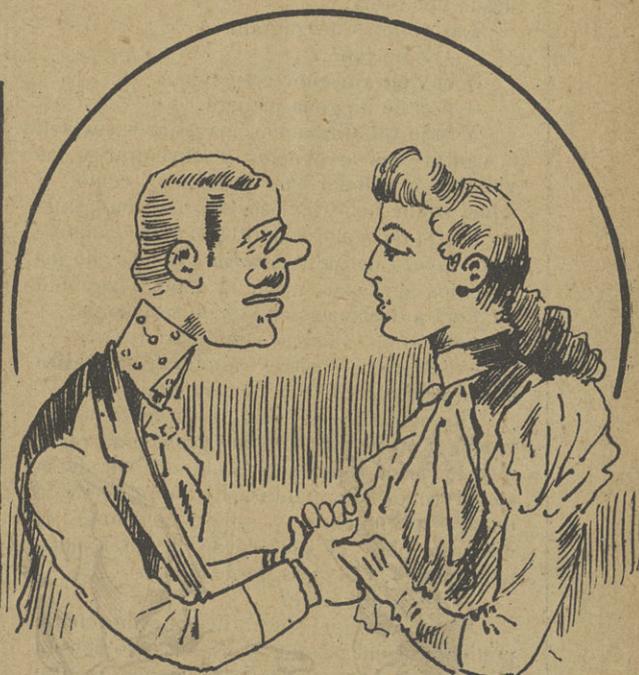


Ay Elisa, cuidado que llevamos mala tarde; no nos salen más que hijos de familia y militares sin paga.

CHIRIGOTAS



—Pues mi marido se escamó porque le vió á usted en la portería.
 —¿Y qué?
 —Pues le dije que usted no me ha dicho aun ni buenos ojos tienes.
 —¡Claro!



—Enriqueta, eres ingrata, ¿por qué no te vienes conmigo?
 —¡Ay Arturo! ¿Y si papá se entera?



¡Vaya una moza! Si quisiera ella servirme pa campo de operaciones!



—Es usted un borracho; véngase conmigo á la prevención.
 —Yo no voy con malas compañías.

R. Fíndera-90

—¡Es un Subprefecto! ¡es un Subprefecto!
—¡Qué calvo esta! observó una alondra desde una rama.

Las violetas preguntan:

—¿Es nocivo?

Y el viejo ruisëñor responde:

—¡Cá! de ninguna manera.

Y bajo tal afirmación, los pájaros vuelven á cantar, los arroyuelos á murmurar y las violetas á exhalar sus perfumes, como si aquel señor no estuviese allí.....—Impasible en medio de aquel tumulto, el señor Subprefecto invoca de todo corazón á la musa de los comicios agrícolas, y con el lápiz levantado empieza á declamar con voz de ceremonia:

—Señores é ilustres administrados.....

—Señores é ilustres administrados, dice el Subprefecto con voz de ceremonia.....

Un estallido de risa le interrumpe; se vuelve y no ve más que un gran pico-verde que le mira sonriendo desde encima de su sombrero de dos puntas. El Subprefecto se encoge de hombros y quiere continuar su discurso; pero el pico-verde le interrumpe nuevamente, y le grita desde lejos:

—¿Para qué sirve?

¿Cómo para que sirve? dice el Subprefecto poniéndose encarnado; y espantado con un ademán al desvergonzado pajarraco, repite con nuevo ardor:

—Señores é ilustres administrados.....

—Señores é ilustres administrados..... ha repetido el Subprefecto con nuevo ardor; pero hé aquí que entonces las violetas, sacando

sus cabecitas por encima de sus tallos, le dicen suavemente:

—Señor Subprefecto ¿no percibís nuestro delicado perfume?

Y los arroyuelos, al deslizarse por entre la yerba musgosa le hacen una música divina, y entre las ramas, por cima de su cabeza, una infinidad de curruca vienen á cantarle las más bellas de sus estrofas, y todo el bosquecillo conspira para impedirle componer su discurso.

El Sr. Subprefecto, embriagado de perfumes, embriagado de música, intenta en vano resistir á la nueva fascinación que le invade. Se acurruca sobre la yerba, desabotona su hermosa casaca y balbucea aun por dos ó tres veces.

—Señores é ilustres administrados..... señores é ilustres adm.... señores é ilus.....

Después echa al diablo la administración, y la musa de los comicios agrícolas no tiene más que velarse el rostro.

Vélate el rostro, ¡oh musa de los comicios agrícolas! Cuando al cabo de una hora, los dependientes de la subprefectura, inquietos por su amo, penetraron en el bosquecillo, el espectáculo que se les ofreció ante su vista les hizo retroceder de espanto. El señor Subprefecto estaba tendido boca abajo sobre la yerba, desabotonado como un bohemio. Se había quitado su casaca, y masticando violetas, el señor Subprefecto componía versos.

Alfonso Daudet.

CUENTO

mi hermano Dipito

Érase una solterona,
Ya muy vieja y desabrida,
Que pasó toda la vida
Cuidando de su persona.

Lloraba en las soledades,
Según dicen los autores,
Ciertos antiguos amores
Que tuvo en sus mocedades
Con un tal Bruno Sandía,
Mayoral de diligencia,
Que falleció á consecuencia
De una horrible apoplejía.

Hay distintas opiniones
Y muchísimos engaños,
Sobre el número de años
Que tuvieron relaciones;
Pero digo, aquí *inter nos*,
Que el día que murió Bruno
Pasaba del treinta y uno
Y tocaba al treinta y dos.
Cuidó su casa la vieja,
De modo y manera tal,

Como cuida su panal
La más remilgada abeja;
Pero salió cierto día
Del viento frío á despecho
Mal abrigada del lecho,
Y..... pesó una pulmonía;
Llena la casa al momento
De sobrinos, necesario
Era llamar al notario
Para hacer el testamento:
«En no recuerdo que fecha
(En el testamento dice)
Un tesoro encerrar hice
Para estar más satisfecha,
A cuatro palmos del suelo
Entre donde está colgado
Mi Cristo crucificado
Y el retrato de mi abuelo;
Y á mis sobrinos imploro
No tengan que hacer mal uso
Ni dar parte á algún intruso
De mi preciado tesoro.

Háganse partes iguales
Según los vigentes fueros,
Y doy á mis herederos
Carácter de universales.»
Con la ambición, y la sed
De hacerse de pobres ricos
Pronto la pica, hizo añicos
Aquel trozo de pared,
Donde se hallaba empotrado
Como en nicho secular
Un lío rectangular,
Muy negro, sucio y pesado.
Más..... no vieron ni un real
Ni de perlas ricas sartas,
Sino..... un derroche de cartas
De Don Bruno el mayoral.
Y un heredero dispuso
Repartirlas á conciencia
Para hacer de aquella herencia.....
Lo que se llama..... un mal uso.

V. Calvo

YA LO HE SABIDO

Por fin, hermosa Clemencia,
Ya tus desdenes me esplico;
Es más..... hasta justifico
Tu *glacial* indiferencia.
Y comprendo, aunque algo tarde,
Tu sonrisa siempre *helada*
A tus labios asomada,
Entre tímida y cobarde.
Necio de mí, pretendía,
Preso en la red de tu amor,
Que me amases con *calor*,
Y tú cada vez mas *fría*.
Y aunque sé, pues soy sincero,
Que mi cariño aceptaste,
El amor que me otorgaste
Fué siempre amor *bajo cero*.
Que si en són de armarte gresca
Con variaciones de tono,

Censuraba tu abandono
¡Tú te quedabas tan *fresca!*
Y si de mi suerte ingrata
Llegué al cabo á comprender
Que tomarte por mujer
Era tomarse una *horchata*,
Tuve fe en el porvenir
Y creí ya casi un hecho,
Con el fuego de mi pecho
Tanta *nieve* derretir.
Y tras fatiga indecible,
Hoy que una cosa he sabido,
Me quedo al fin convencido
De que era empresa imposible.
¿Se puede acaso sellar
Nuestro amor con lazo eterno
Cuando verano é invierno
Juntos no pueden estar?

Quedan rotos de verdad
Los lazos de nuestro amor,
Porque se me va el *calor*
Pensando en tu *frialdad*.
Mas clara mi inteligencia
Me explica tu amor *glacial*,
Porque el motor principal
Está en tu casa, Clemencia.
Lo que alevé has ocultado
Hoy con certeza lo sé,
Y me sucede lo que
Al gato que fué escaldado.
Y no has de tomarme el *pelo*
Cuando al fin sé lo que pasa,
Y es Clemencia, que en tu casa,
Son fabricantes de hielo.

Pascual Montaguá.

DON JAIME EL CONQUISTADOR

Si no de trato, de vista al menos, deben
ustedes conocer á D. Jaime Ballesta.

Es un sujeto más conocido que la ruda; de
unos cincuenta años, largo de talle y corto de
vista.

No hay diversión grande ó pequeña á la
que él no concorra. Procesiones, teatros, toros,
músicas, etc., etc., todo merece su aprobación;
él no perdona nada, y aún á veces se mé figura
que posee nuestro héroe el don de ubicuidad,
tal es la rapidez con que se traslada de
una función á otra.

Y no crean ustedes que D. Jaime asiste á
todos esos espectáculos por ver las funciones;
no señor, él tan solo va á hacer conquistas; al
menos así lo dice en el seno de la amistad.

No he visto hombre como D. Jaime más
aficionado á las mujeres de todas castas, si
son bonitas, por supuesto.

¡Y qué flores les echa cuando se ponen á
tiro de..... Ballesta!

¡Y qué respuestas le encajan algunas de
las floreadas!

Hé aquí la muestra:

—¡Eres el colmo del bello sexo!—Dijo un
día á una cigarrera.

Y tomándolo por un insulto:—El bello
sexo y el indecente será usted, so pelele—
contestóle la aludida.

—¡Por ahí te pudras!—Le encajó en cierta
ocasión á una *jembra* de rompe y rasga, sin
señalar, por supuesto, por donde había de
podrirse.

Y ella, poniendo en jarras el brazo iz-
quierdo, y dándose con la diestra dos golpes
y no de pecho, contestóle:

—Oiga usted, simpaticoso, yo no me quie-
ro podrir por aquí, ni por acá.

Escribir las aventuras amorosas de don
Jaime el Conquistador, como le apellidamos
los amigos, sería el cuento de nunca acabar.

Por supuesto, que él solo relata á los
amigos, y siempre en el seno de la confianza,
aquellas aventuras que le favorecen y le pre-
sentan á nuestros ojos como un Lovelace.

Pero aquellas en las que ha hecho el papel
de víctima, esas no se las cuenta á nadie, ni
aún en el seno de la muerte.

Hé aquí algunas de estas últimas que he-
mos descubierto por un milagro.

Una noche se retiraba del Teatro Princi-
pal de ver el *Excelsior*, y pensando en la Luz,
caminaba casi á oscuras; cerca ya de su casa
vió, ó vislumbró, mejor dicho, una mujer que
iba sola y en la misma dirección que él lle-
vaba.

Ver á una hembra sola, de noche, en calle
tan solitaria, é írsele el santo al cielo, todo
fué uno.

La noche era fría y lluviosa, y la tapada
—porque la desconocida iba tapada con un
mantón—caminaba con mucho cuidado para
evitar sin duda dar un traspies.

Apretó el paso D. Jaime, acercóse á ella
por detrás con el paraguas abierto, y con voz
meliflua le dijo:

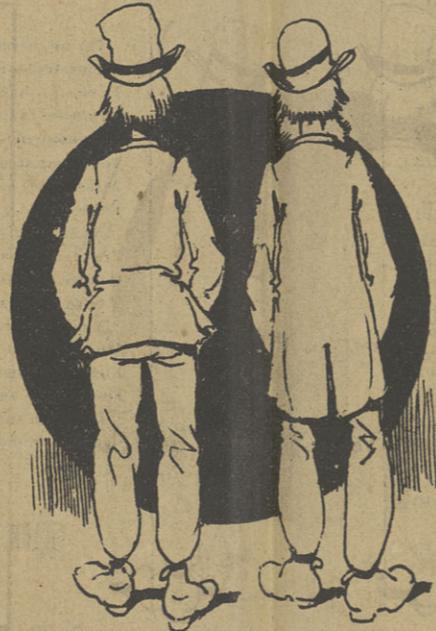
—¿Me permite usted que cubra con el pa-
raguas ese cuerpo divino para que el agua no
deshaga la sal que contiene?

A tan dulces, ó mejor dicho, saladas pala-

DE TODOS LADOS



—Y eso ya lo sabe usted, del actual gobierno quien lleva la batuta es Martínez Campos.
—Sí, y los demás tocan el violón.



—Y á todo esto sin cenar y....
—Y sin tener por donde nos venga.
—¡Qué desgraciados somos!



La Policía, La Higiene y El Arte.



Traemos los cuerpos truncaus,
Ra-ca-ta-plau,
De estar en la esquina paraus,
Ra-ca-ta-plan,
Pero ella no nos ha mirau,
Y vamos á casa tan frescus
Y tan estiraus.



Un banquero los arruinó miserablemente y hoy se vengán, ¡vaya si se vengán!



—Por Dios, maestro, que me raya usted la cabeza de un modo que parece que me llega el dolor á las tripas.
—Todo se andará, señorito, todo se andará.

bras, nada contestó la desconocida, y comprendiendo él que la que calla otorga, continuó cubriéndola por retaguardia, ya que, por no estar adoquinada la calle, érale imposible colocarse al lado de la hermosa sin tomar unos pediluvios.

Prosiguieron así la marcha; ella resguardada de la lluvia por el paraguas de D. Jaime, y éste recibéndola por todas partes, y deslizándose en los oídos de su conquista toda una primavera de flores, con la sana intención de alcanzar aunque solo fuese un capullo.

Llegaron á poco frente á la casa de don Jaime, y con gran sorpresa del mismo, paróse la tapada, abrió la puerta con una llave y penetró en el zaguán seguida de D. Jaime, cuyo corazón latía con violencia.

Despejóse la incógnita, es decir, se quitó el mantón la desconocida, y..... ¡horror! ¡terror! ¡furor! ¡era la portera, vieja de setenta y cuatro años, más sorda que una tapia y ojizaina, que venía de asistir al parto de una de sus cinco nietas!

Otra noche, y no extrañen ustedes que fuese también de noche, porque las aventuras morrocotudo-galantes, siempre suelen verificarse en las tinieblas.

Como decía, otra noche se retiraba don Jaime de un concierto sacro, é iba pensando en la mona de Pascua.

Sí, señores, sí, en la mona de Pascua, tal y como suena, y pensaba en efecto en dicha mona porque una viuda jóven y bonita á la que él miraba con mucho apego, es decir, á la que él procuraba apegarse lo más posible, y á la que en varias ocasiones había ya soltado alguna que otra churrutada de su florido repertorio, le acababa de convidar á ir á comer la mona en su compañía el primer día de Pascua.

Pensando, pues, en dicha mona, iba don Jaime, cuando de pronto ¡paf! le dan un golpe en la espalda, oye un chillido y siente que le tiran bruscamente de las orejas.

Nuestro hombre se quedó sin saber lo que le pasaba.

¿Qué había sucedido?

¿Qué era aquello?

Pues aquello era que mientras él pensaba en la mona de Pascua de la viuda, se le vino encima, desde un balcón, nada menos que una mona auténtica de Tetuán, á quien su ama trataba de castigar por no sé qué monada que le había hecho.

—Niño, no suelte usted la mona—gritaba la dueña desde el balcón.

—Lo que ha de decir usted—contestó don Jaime—es que la mona suelte al niño, sinó lo va á dejar desorejado.

—Ahora bajará Panchito.

Y en efecto, bajó Panchito, que era un negrito muy morenito, con unos morritos muy gorditos y cogió del rabo á la monita; pero como ésta ni á tres tirones soltaba las orejas de D. Jaime y defendía á mordiscos la presa, no había medio de deshacer aquel grupo que recordaba á las mil maravillas á *Ginesillo de Pasamonte*, ó de *Parapilla* como le llamaba D. Quijote, con su mono á cuestras.

Viendo la americana que los esfuerzos de Panchito para hacerse con la mona eran ineficaces, ordenó que subiesen todos á la habitación, y así lo hicieron.

Apenas entraron en la sala donde estaba la americana, que era joven, muy hermosa, y por supuesto llamada Tula, la mona, al ver que su ama conservaba aún en la mano el látigo con que la había fustigado, comenzó á castañetear los dientes y á tirar con más fuerza de las orejas de D. Jaime, que con sus "¡Ay! ¡ay! ¡ay!", parecía que se iba á arrancar por unas malagueñas.

—Baja de ahí, Pindonga,—decía Tula amenazando á la Pindonga con el latiguillo.

Pero la Pindonga por toda respuesta le enseñaba los dientes, y le hacía una mueca.

—Si no bajas te sacudo,—y como en efecto no bajó, sacudióle Tula un latigazo que esquivó la Pindonga, escurriéndose entonces por la espalda de D. Jaime, y al recibir éste en el cuello el castigo de la Pindonga, puso el grito en el cielo.

—Dispense usted, niño,—díjole Tula, mientras la Pindonga escapaba, seguida de Panchito.

Libre D. Jaime de la mona que le oprimía, pudo ya hacerse cargo de la hermosura de Tula, y claro está, trató de conquistarla.

—No hay nada de qué dispensar, señorita, por usted sufro yo esto y mucho más.

Y en efecto, por Tula había sufrido aquello y mucho más, que él no sabía, como verá el curioso lector.

Iba ya á entrar D. Jaime en materia amorosa, cuando entró Panchito con la Pindonga arrastrando, y al ver á aquél por la espalda se puso á reír y á gritar dando saltitos:—¡Al niño lo ha puesto perdido la Pindonga!

—¡Qué! dijo D. Jaime.

—¡Que la Pindonga ha puesto perdido al niño!—repetía Panchito,—mire la niña, mire la niña como va el niño por detrás.

—¡Pue es verdá!—esclamó Tula.

—¿Pero qué sucede?

—Quítese el niño la americana y lo verá.

Quitóse D. Jaime la americana para verlo, y lo vió y lo olió, y aunque no lo tocó se convenció de que la Pindonga le había hecho

una monada; y mientras Panchito, por orden de Tula, se llevó la americana de D. Jaime, quedóse éste muy fresco con la otra americana; y como había dicho que estaba dispuesto á sufrir aquello y mucho más, aconteció que, cuando se hallaba en mangas de camisa, hablando con Tula y echándole en cara que era impropio de una señorita tan hermosa como ella, depositar el cariño en un animal (refiriéndose á la Pindonga), estando en el mun-

do él que tanto la quería, entró el marido de Tula y tomando el rábano por las hojas ó sea creyendo ser él el animal de que se trataba, demostró serlo incontinenti solfeando con un manatí las espaldas de D. Jaime, que escapó de aquella casa sin la americana propia, y sin la agena, y con una legión de cardenales en el cuerpo.

Manuel Millás.

Epigramas

Que es Salvador gastador
Asegura Sacramento,
Creuyendo hacerle un favor;
Mas, calla, que es Salvador
Gastador..... de un regimiento.

Calabazas á Garrido
Ha dado la bella Irene,
Y el por qué ya se ha sabido,
Porque ella para marido
Quiere un hombre que la llene.

J. F. Sanmartín y Aguirre.

LA FE Y LA DUDA

CASI DOLORA)

I

«El amor está en la fé,
Dijo Salomé á Leonor;
Y Leonor á Salomé:
«En la duda está el amor.»

II

Por lo cual sigo pensando,
Tales opiniones viendo,
Si amar cual Leonor dudando
Ó cual Salomé creyendo.

Carlos Miranda.

CHARLA

—Empiece usted, señor de..... ¿cómo?
—Ricardo Jota, para servir á usted.
—Gracias, no me sirve esa letra. Adelante.

«Detrás de una bandada
De pájaros (que van en retirada
Buscando el bosque donde están sus nidos,) Marchan, con la escopeta levantada,
Dos cazadores por el sol curtidos.»

—¡Bravo! Pues, mire usted, eso tiene mucho color, aunque parezca mentira.

«Y de miedo los pájaros temblando
Van errantes volando
Sin encontrar sus árboles queridos.....»

—Vamos, se perdieron.

«Cuando los cazadores apuntaban,
Causando nuevas bajas en las filas
Que los pequeños pájaros formaban.....»

—Ah, ¿pero iban en filas? Entonces era una retirada con orden.

«Uno de éstos, fijando sus pupilas
En los que disparaban.....»

—Vaya, pues sería un pájaro de cuenta, ese de su cuento, y, sobre todo, de mucho valor, porque miraba de frente al enemigo.

«Dijo á sus compañeros, que escuchaban:»

—Pues digo á usted qué esa bandada que iba á la desbandada, según usted quiso significar primero, resulta que no iba tal, sino muy serena y hablando tan lindamente como si nada hubiera que temer.

«Los hombres tienen un valor inmenso,
Es justo que les demos este incienso.»

—Pues hablaban muy mal esos pájaros si decían esas cosas, porque ese lenguaje es de lo más pedestre, ¿sabe usted?

«Tiemblan ante los tigres y chacales.»

—Ahí se dejaron los pájaros, al decir eso, un *los* como una casa, que debieron poner antes de *chacales*. O es que lo suprimieron por artículo..... de lujo.

«Pero atacan á un pájaro indefenso,

Los demás animales

Buscamos alimentos en los prados.

O á lo sumo, en los árboles frutales.»

—¿Y eso á lo sumo? Pues, mire usted, no es verdad, porque los gatos y los perros no son tigres ni chacales (me parece) y comen

POGA COSA



—No insistas, Petronila, que no te llevo al Teatro.
 —¿Por qué?
 —Porque te empeñas en ser tú quien le entregue al ap-
 sentador los billetes, y al tomarlos te coge la mano.

FINO 90



A *apanar* un reloj si viene al caso.

A pedirle dos pesetas al primo de su mujer, ¡que se las dará enseguida!

REQUIEBROS



—¡Olé pichona! Es usted la primera rosa de la primavera.
—Y usted el primer melón de invierno.

carne, pescado y otras chucherías que no hay en los prados ni en los árboles frutales.

«No en pobres indefensos enemigos
Nuestro apetito *su furor desata.*»

—Hombre, mande usted á esos inocentes pajarillos que no digan tantas barbaridades juntas.

«Picamos las manzanas y los trigos, ...»

—Sí, se van por esos trigos de Dios y comen manzana: por eso mismo pecaron nuestros primeros padres.

«¡Y el hombre ha de comer carne que mata!»

—Ah, ¿la carne mata? Esos pájaros no saben lo que se dicen. ¿Pero qué ha de comer el hombre, señor mio? ¿Ha de buscar también alimentos en los prados ó á lo sumo en los árboles frutales?

«Ved: son los *hombres sabios.*»

—¿Subraya usted eso? Ya, vamos, es que así resulta una sátira á los cazadores. También los pájaros gustan de picar-día,

«Son los dueños

De la naturaleza.....

¡Y llega su fiera

A matar á unos pájaros pequeños!

Ellos de nuestro sér tienen las llaves.»

—¡Jesús, que barbaridad! ¿Y esos pájaros son séres que se abren y se cierran á capricho, como el cofre de mi criada?

«Y es necesario respetar su yugo.....

Vacas, pájaros, peces, liebres, aves.

—¿Pero es que ahora resulta que los pájaros ya no son aves? Debía de tener el pájaro que eso decía, muy poco sentido común, y muchísima voz para que le oyeran las vacas, los peces y demás.

«¡Por allí viene un hombre! ¡Es el verdugo!

—¿No habíamos dicho que iban *dos cazadores por el sol curtidos?* ¿Cómo es que ahora dice ese pájaro: —¿Por allí viene un hombre?

—Sin dejar su discurso terminado,

El pájaro orador vióse atacado

Por un tiro.....»

—El cólera debió atacarle inmediatamente.

¿Y eso se titula?.....

—*Filosofía de los pájaros.*

—Pues diga usted á los pájaros que no vuelvan á meterse con esa señora doña Filosofía y que cierren el pico, porque no se les ocurre más que disparates.

X. Martí Llorens.

ADELINA (1)

(Continuación).

II

La castellana Adelina,
Del cristiano campo emblema,
Lleva en su frente divina
De belleza femenina
La más hermosa diadema.
Rubia cual rayo solar
De primavera templada,
Fue capricho singular
De un ángel, anacarar
Su mejilla sonrosada.
Y el ángel, de la mujer
El conjunto completando
Logró, en fuerza de valer,
En redes de amor prender
Al insensible Rolando.
En los instantes febriles
Del más delirante amor,
Al antiguo guerrador
Ponen ley, los quince abrilés
De aquel rostro encantador.
La mañana aparecía

Bañada en brisa suave;
El amanecer del día,
Mecido, de trinos de ave
En melodiosa armonía.
La Aurora en Oriente asoma
Y el cielo azul colorea,
Todo se llena de aroma;
El valle, el cielo, la loma
En roja luz centellea.
En un balcón que al mar dá
Rolando asomado está:
Con la mirada perdida,
En vago ensueño mecida
El alma flotando vá.
Con expresión soñadora
Una cabeza á su lado
Contéplale hora tras hora;
En su pelo desatado
La luz al llegar se dora.
Su furia amontona el viento
Presión haciendo en el mar;
Ante su golpe violento
Las olas se ven alzar

Con rápido movimiento.
El cielo cambia el sereno
Azul por negro vapor
Y, desgarrando su seno,
Arroja al espacio un trueno
Envuelto en rojo fulgor.
El rayo al centellear,
A lo lejos ilumina
Un bajel en alta mar,
Que en vano intenta luchar
Contra la furia marina.
El sol las nubes enroja,
De sangre hacerlas ensaya;
La humana fuerza desmaya
Y el mar al bajel arroja
En pedazos á la playa....
La suerte fue bien dichosa:
En la triste casa aislada
Un cuerpo á poco reposa,
Teniendo al lado piadosa
A la linda enamorada.

Andrés Valdivia.



Para empezar, empezaremos por que las empresas periodísticas y el público en general conozcan los nombres de algunos señores que con el título de corresponsales ejercen el oficio de rata.

(1) Véase el número 36.

Dichos señores son:

Tomás Lucas, corresponsal de periódicos en Valdepeñas.

Fernando Oliva, en Almería.

Ramón Suárez, en Villagarcía de Arosa (Pontevedra).

José de Puerta Jiménez, Jerez de la Frontera.

Ahora solo nos resta dar á estos señores las gracias por los servicios prestados en favor de nuestra publicación.

Leemos en *El Mercantil Valenciano* que el general Boulanger ha entonado el *yo pequé* en una carta dirigida á sus amigos, lamentándose de la maldad que encierra el corazón humano.

¡Y nosotros que creíamos que solo en España habían traidores y corresponsales que no pagan!

Felicítamos cariñosamente á D. Teodoro Llorente, Director de *Las Provincias* y, desde ahora, cronista de la ciudad de Valencia.

Creemos acertadísima la elección, Por quien lo sentimos es por los jóvenes católicos que habían soñado con calzarse tal cargo.

¡Qué decepciones!

¡Esto es una maravilla!
Mi suegra murió anteayer,
Después de darle á beber
La mejor zarzaparrilla
Que ha hecho el doctor Ayer.

Noticias que no se dan todos los días.
La reina regente fuma, consumiendo gran cantidad de cigarrillos egipcios.

Egipcios ¿eh? Eso es lo que sentimos.
Porque si fumara del estanco puede que obligara á la Arrendataria á mejorar la clase.

Un señor cura y Casado además ha dedicado al Sr. Monescillo en el día de su santo una poesía titulada La Caridad.

¿No la han leído ustedes?

Pues léanla, porque es digna de ir firmada por Carulla, sin que se note la diferencia.

Ya que nuestro digno prelado es tan caritativo, bien pudiera aconsejar á ese presbítero que se ocupe de cosas más al alcance de sus facultades y que no atenten á la salud pública.

¡A ver, un específico contra los malos poetas!

Por que no ha de ser todo «Salino Regal.»

Sabemos por Sidi el-Jack, corresponsal moruno de *La Correspondencia*, que ha profetizado muchas cosas, que la nota diplomática del Duque de Tetuán se ha recibido en Africa.

Ya estamos tranquilos.

Siguen los llenos del «Peral» rindiendo pingües beneficios á la empresa.

Los estrenos de obras que hasta ahora eran desconocidas para el público valenciano y lo acertado de la ejecución, hacen que el público acuda á dicho teatro á pasar la noche.

Además de los artistas que citábamos en el número anterior y que el público aplaude y ve con gusto, están las Srtas. Gil y Julia Gómez, ambas siempre acertadas en sus papeles.

No concluiremos sin aplaudir sinceramente al maestro de coros Sr. Bueso, por lo acertado de su dirección.

«Al salir de Vitoria el Sr. Cánovas, ha sido silbado estrepitosamente y apedreado.....»
¡Uf! Corramos un velo.

Don Jacinto colecciona
Los sistemas de balanzas
Pero, entre todas, él dice
Que prefiere las *romanas*.

Vende Inés la carnicera
La carne casi de balde,
Y se dice que no hay otra
Que tenga mejores carnes,

Luis González López.



Musa.—No se *pica* usted á sí misma, pero en cambio sus epigramas pican mucho..... y son malos.

J. B.—Aceptada.

E. G. C.—Sirven algunos.

Luis Moisés.—Flojita.

R. G.—Le perdonamos el mal que nos ha hecho la lectura de su composición. Pero que no se repita, porque esos tragos son amargos.

Palique.—Sirve una.

F. T.—Pésimos, con permiso de usted.

G. J.—La contestación aquella era para usted. Lo de hoy no sirve.

My-Self.—Está bien hecha, pero es muy seria.

J. C. M.—Madrid.—Mando uno á usted y otro á su amigo.

F. B.—Barcelona.—No está mal versificada, pero le falta novedad.

J. C.—Madrid.—¡No más cantares, por Dios!

J. V. S. J.—Madrid.—No podemos publicar eso.

P. V. N.—Lo de usted tampoco.

F. C. (I).—Ni lo de usted.

F. C.—Ni lo suyo.

K.—Scote.—¡Si la forma no estuviera tan descuidada...! Quedan muchas cartas que contestar.



—¿Juramos coartarnos contra las inmundidades políticas?
 —Lo juro.
 —¿Y no aceptar ningún empleo del gobierno?
 —Eso ya no lo juro.

ANUNCIOS

ALMACÉN DE PAPEL
 DE
ISIDRO BALARI
 GALLO, 3, BAJO
 VALENCIA

Surtido completo en papeles del país de las más renombradas Fábricas. Ventas al por mayor y menor.

PRECIOS ECONÓMICOS

Federico Mala
 FOTÓGRAFO DE LA REAL CASA
 DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL
PREMIADO
 con la
CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA
 4, Hierros de la Ciudad, 4
VALENCIA

VALENCIA CÓMICA
 SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 Ptas. trimestre

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Gallos, 3, bajo

Toda la correspondencia al Administrador.

VENTA

SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES DE

VALENCIA CÓMICA

en la

Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijos

GALERÍA LITERARIA
 Obispo, 55, Librería.

HABANA

PAPELERÍA
IMPRESA Y LITOGRAFÍA

EMILIO PASCUAL

Puerto, 36, y Comedias, 11 y 13

En este acreditado Establecimiento encontrará el público un esmerado, puntual y económico servicio en toda clase de trabajos **Tipo-Litográficos**, y muy especialmente en los referentes al Comercio, Bancos de crédito y Casas de préstamos; Empresas de Ferrocarriles, Tranvías y de Espectáculos públicos; Sociedades mineras, recreativas, industriales y administrativas, etc., etc.

Dotado este Establecimiento de modernas y potentes máquinas, movidas á motor, de los sistemas más perfeccionados; de numerosas colecciones de tipos, viñetas y principales novedades tipográficas; de personal inteligente y práctico, y de un bien surtido Almacén de papel de las más acreditadas fábricas del país y del extranjero, puede servir al público con la mayor actividad y en condiciones ventajosísimas, todos cuantos trabajos de **Imprenta ó Litografía** se encarguen.

CORRESPONSAL

encargado de la venta DE

VALENCIA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIÁN RODRÍGUEZ

Kiosco de la Universidad, plaza de Santo Domingo.

ESTABLECIMIENTO
CROMO-LITOGRAFICO

DE LA

V. DA DE ISMAEL HAASE

Guillem de Castro. 50

(JUNTO Á LAS TORRES DE CUARTE)

Grabados, Oleografías, Autógrafos, Cromos.

Especialidad en países para Abanicos.

Impresiones Editoriales, Artísticas, Religiosas y Administrativas. Banca, Industria y Comercio.

QUILLÉM DE CASTRO, 50